

# EL CAMARADA

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año II



23 de marzo de 1889



Núm. 73



LA PRIMERA CALCETA

Ayuntamiento de Madrid



## UN RATO DE CHARLA

**H**A fallecido en Bilbao el Sr. D. Antonio de Trueba, bien conocido y estimado, sin duda, de todos vosotros. Es una pérdida, si prevista, dada la anticipada vejez del digno escritor euskaro, no por eso menos sensible.

¿Quién no ha leído *El Libro de los Cantares*? ¿Quién no se ha deleitado saboreando aquellas sus preciosas narraciones ó cuentos?

Hoy no puede apreciarse bien, pues ocupa la escena otra generación, la brillante acogida alcanzada por los *Cantares*: fué un



Los pollos malos

verdadero entusiasmo, una explosión de popularidad en todas las familias, de que no pueden dar idea los éxitos que vemos obtener

hoy á Campoamor, Galdós, Echegaray, etc., etc.

Muchos niños, y sobre todo niñas, se sabían de corrido ciertos romances de aquella colección á la manera que hoy saben peteneras, y á fe que bien hubieran podido recitarlos delante del más rígido cartujo, pues todos ellos son modelos de delicadeza y están inspirados en los más sanos sentimientos.

Sin ruido, sin polémicas de periódico, sin discusiones ateneístas, sin necesidad de sacar á colación la Estética, el Idealismo, el Naturalismo, el Verismo, el Impresionismo, el Realismo y demás palabrazas, Trueba, á la chita callando, realizó una revolución en la poesía castellana: cantó el pueblo.

El fué el primero en salirse de los carriles románticos, clásicos, ó sencillamente chirles, desviando sus miradas de los Guerreros y de los Soles para cantar los sentimientos de las clases humildes.

Por cierto que recuerdo que eso le valió un furibundo artículo de un filósofo krausista acusándole de *vulgaridad* (!).

Los papás quedaron encantados al ver que podían poner en



manos de sus hijos un tomo de versos que á su hermosa forma reunían la expresión de los más recomendables sentimientos, y los chicos se apresuraron á acoger como su mejor amigo á *Antón el de los Cantares*, tan claro, tan fácil, que tan bonitas cosas decía: unas que hacían reir mucho, y otras que casi hacían llorar.

Creo que la estimación del *Libro de los Cantares* no habrá decaído de entonces acá, y que es una de esas obras que no se citan mucho porque ya se sabe que están en todas las casas, como el *Kempis*, el *Quijote* y algunas pocas más.

No menos estimables son sus cuentos: *Cuentos de colorín colorado*, *Cuentos de color de rosa*, *Cuentos campesinos*, etc., delicias de mi niñez los dos primeros. Por cierto que me daban unas ganas terribles de ir á establecerme, cuando fuese mayor, á Vizcaya, en aquellos caseríos rodeados de nogales, y hubiera trocado el pan de trigo candéal por comer *borona*, y hubiera de buena gana renunciado al vino del Priorato á cambio del *chacoli*.



Los pollos malos

De entonces acá, claro está que he aprendido, ó me figuro haber aprendido, alguna cosa más; pero mi admiración por Trueba no ha disminuído en un ápice, antes bien ha crecido.

Y ha crecido porque se me antoja que, así como otros ponen empeño en pasar por muy leídos y *profundos*, Trueba se hacía el inocentón, el escritor á la buena de Dios, y, sin embargo, sabía perfectamente dónde tenía la mano derecha, además de mucha gramática, mucha *Preceptiva* y mucho mundo. No era tan solamente un corazón, sino también una cabeza, y, sin pregonarlo á voces, un brillante artista literario.

En el extranjero se hacía mucho caso de él y representaba dignamente la castiza literatura española, esa literatura glorificada por Mesonero Romanos, Trueba, Selgas, y, si no fuera ofender su modestia, añadiría que por el Sr. Frontaura; literatura combatida por los feridos de punta de modernismo, pero que continuará haciendo las delicias de nuestros nietos cuando ya ni sombra quedará de otros que les desprecian.



Respecto á la biografía de Trueba, puede encerrarse en pocas líneas: nació de una familia de pobres labradores cerca de Bilbao, fué á ganarse la vida á Madrid, entró de redactor en *La Correspondencia*, escribió libros y más libros, y, experimentando siempre la nostalgia de Vizcaya, fué feliz el día que pudo trasladar sus lares á Bilbao, donde ejerció hasta su muerte el cargo de archivero de la Diputación.

Inútil es decir que Trueba era la llaneza y la bondad en persona.

Disgustos tuvo como los tenemos todos. Uno que le pesó mucho fué el pleito que tuvo que sostener contra su primer editor, que le persiguió por haber hecho una segunda edición, por cuenta propia, de *El Libro de los Cantares*. Trueba ganó, pero no tardó en volverse la oración por pasiva: los americanos le imprimían sus obras, de las cuales se hacen grandes ventas en aquel país; pero como no hay tratados, D. Antonio tenía que rabiarse viendo como otros se enriquecían á costa y en perjuicio suyos, hasta que, cansado, dejó que le robasen cuanto quisiesen.

Activo y fuerte hasta estos últimos meses, desempeñaba admirablemente su destino, y aun le quedaba tiempo y humor para publicar todos los domingos un artículo en *El Noticiero Bilbaino*, lleno del buen sentido que caracteriza á los hijos de aquella tierra privilegiada.

¡Descanse en paz D. Antonio de Trueba!

ANTOÑITO







## EL ÚLTIMO JUGUETE

**E**RA ya un hombrecito.

Doce años acababa de cumplir. Había terminado su estudios de primera enseñanza, y, próximo á matricularse del primer curso de latín, su padre le previno que, debiendo dedicarse en lo sucesivo á estudios mucho más serios y difíciles, le era preciso desprenderse de todos sus juguetes, ya que, conservándolos, sólo podían originarle continuas distracciones poco en armonía con sus nuevos deberes.

—Conserva uno, si quieres, para recuerdo,—le dijo;—pero los restantes es preciso que hoy mismo los repartas entre tus hermanos.

Pepito no opuso la más leve objeción al acuerdo de su padre: fué inmediatamente al cuarto de los juguetes, abrió de par en par la ventana que daba al jardín, y un rayo de sol espléndido y radiante entró de lleno, iluminando la pequeña estancia.

Era aquello un verdadero almacén de pertrechos de guerra.

Allí se veían caballos con cabeza y cola de sedosa clin, roses, sables, escopetas, petos, guerreras, kepis, chascás, dormanes, cinturones, banderas, lanzas, rifles, etc., etc., revueltos en confuso desorden con velocípedos, pelotas, combas, cajas de colores y cuanto puede exigir el más descontentadizo y mimado de los niños.

Eran recuerdos de la noche de Reyes, aguinaldos de Navidad, presentes queridísimos que sus padres le habían hecho en sus días ó á fin de curso; objetos todos extraordinariamente queridos por él.

Al verlos Pepito, sintió una impresión de profundo disgusto, paseó rápidamente entre ellos una mirada de triste conmiseración, y con voz muy apagada y conmovida murmuró:

—¡Y todo esto he de dejar!

Luego fué examinando uno por uno aquellos queridos compañeros de sus más puras alegrías, acarició la clin de los caballos, trenzó varias veces sus respectivas colas, hizo infinidad de blancos con las armas que tenía, jugó á pelota, elevó algunos globos que guardaba, y, finalmente, se puso su elegante uniforme de húsar, que jamás se le antojó tan bello ni airoso como en aquel instante que se lo ceñía por última vez. A ser él menos formalito, de seguro que se hubiera echado á llorar; tan infinita era la angustia que sentía, tan viva la emoción que le dominaba.

Allí estaban sus juguetes, mostrándosele con toda su simpática atracción.



El los miraba atentamente, y, como todos le eran igualmente queridos, en vano hacía para decidirse con cuál se iba á quedar.

Los uniformes fué lo primero que descartó de sus preferencias.—¿Para qué me quiero disfrazar más?—pensó. Luego alcanzó su indiferencia á los caballos, después al velocípedo; más tarde, rendido por inexplicable disgusto, acabó por desdeñarlo todo, bien que había en sus desdenes más violenta resignación que espontánea voluntad.

Pepito titubeó algunos instantes antes de resolverse, y, al fin, después de vacilar y pensarlo mucho, fijó sus preferencias en una preciosa caja de colores, tal vez porque era aquello lo *menos juguete* de cuantos poseía. Era la caja de dimensiones más que regulares: tenía en su fondo diversos compartimientos que guardaban platitos de porcelana, pinceles, graciosos adminículos



La muñeca perdida

para guardar agua y aceite, frascos de zinc conteniendo colores preparados, y brillante pastillaje de colores sólidos; además de gran variedad de modelos, reglas, papel, lápices y cuanto era necesario para dar á la consabida caja todo el valor de una *caja de verdad*.

El muchacho la tomó cariñosamente, y, llevándola por sus asas niqueladas, se bajó con ella al jardín. Sentóse en un banco próximo á la verja, y allí estuvo largo rato pensando en los *amigos* que acababa de dejar.

—¡Cómo los estropearán mis hermanos!—pensaba.—¡Pobres caballos! ¡Pobres uniformes! ¡A buenas manos iréis á parar!

Así discurrendo, el chico se afligía por instantes; y cuando el pícaro nudo se empeñaba en estrecharle la garganta, Pepito volvía sus ojos á la caja que había colocado á su lado y la miraba con infinita ternura, cual si buscase en aquel fondo de esmaltes y colores una idea alegre y brillante que serenase su conturbada imaginación.

De pronto una voz lastimera y dolorida lo sacó de sus reflexiones.

Pepito volvió la cabeza hacia el sitio de donde partía, y vió junto á la verja una mujer andrajosamente vestida llevando un niño completamente desnudo en sus brazos.

—Señorito,—le dijo la desconocida,—mi niño se muere de hambre: déme V. una limosnita por el amor de Dios.

Luego añadió á su petición extremos y lástimas que conmovieron hondamente á Pepito, el cual, confuso y sin tener á su mano una limosna digna de sus deseos, tomó su caja de colores y la dió á la pobre diciéndola:

—Tome V.: véndala, que algo le darán por ella: es lo solo que le puedo dar.

—¡Ay, señorito!—exclamó la mendiga.—¡Dónde voy á ir yo con esto, si van á creer que lo he robado!



Pero el padre del generoso niño, que había presenciado, sin ser visto, la conmovedora escena, se apresuró á decir:

—No, pobre mujer: ya la podéis aceptar, que yo os la compraré.

Efectivamente, puso algunas monedas de plata en manos de la mendiga y recogió el estuche que su hijo le acababa de entregar. La pobre se alejó murmurando bendiciones que Pepito atendía lleno de dulce estupor.

Su padre le abrazó entonces con gran efusión, diciéndole:

—Guarda tu último juguete: si alguna vez te desprendes de él, sea tan sólo para practicar el bien.

Pepito guardó mucho tiempo su caja de colores.

Cuando terminados sus estudios de pintura la abrió otra vez, el recuerdo de aquella triste tarde en que iba á desprenderse de ella conmovió todo su ser.

Entonces tomó sus pinceles y trazó con ellos un cuadro lleno de hermosa sublimidad, que obtuvo un éxito excepcional, grandioso, inmenso, y que, á pesar de las ventajosas condiciones que se le ofrecían, Pepito jamás lo quiso vender.

—¡Venderlo!—se decía.—¡Nunca! Ese lienzo guarda mi *último juguete*: ese asunto que tanto ha impresionado y que tanta fama me está dando es... ¡¡¡aquell!!!

BENJAMÍN



## ¡POBRE NIÑA!

Sobre su pura y nacarada frente  
la sombra del pesar se cierne impía,  
y como flor que el huracán azota  
sobre su pecho la cabeza inclina.

¡Pobre niña!

Sola se halla en el mundo, y en su duelo  
oye á sus padres que la llaman hija,  
y, al correr en su afán para besarlos,  
recuerda su dolor: llora y suspira.

¡Pobre niña!

En las noches lluviosas del invierno,  
en estas noches por demás tan frías,  
sobre la nieve que las calles cubre,  
ella, descalzo el pie, triste camina.

¡Pobre niña!

Cuando al pasar me pide una limosna  
extendiendo hacia mí su manecita,  
yo no sé lo que siento que del alma  
una lágrima enturbia mi pupila.

¡Pobre niña!

Muchas las veces son que su recuerdo  
remueve de mí ser todas las fibras,  
y al pensar en su lúgubre destino  
tiemblo, lloro y exclamo: «¡Pobre niña!»

J. TOLOSA HERNÁNDEZ



## EL PEQUEÑÍN

**S**u madre, á quien llamaban en la isla de Cuba *la Venus de bronce* por su extraordinaria belleza dentro de su raza y por el brillo y finura de su piel, negra como la endrina, aunque con ciertos reflejos cálidos que la hacían parecerse á aquel metal, se había casado, tras románticos y tumultuosos amores, con otro hombre de color, y de este matrimonio nació

un niño á quien pusieron por nombre José y que siempre fué llamado *el Pequeñín*.

Los padres del negrito murieron al poco tiempo de haber él nacido. Encontróse el pobrecillo solo, abandonado en el mundo y sin más amparo que el de unos acaudalados señores donde sirvieron como esclavos los que le dieron el ser.

Ciertamente que, mientras su amo vivió, José no lo pasaba del todo mal. Habíale cobrado el gran señor mucho cariño, y era siempre su defensor y su apoyo.

Mas apenas llegados á la península, donde vinieron á establecerse, murió de una pulmonía; y la viuda, no sabiendo qué hacerse con el negrito, á quien nunca quiso bien, lo metió en un asilo y no volvió á ocuparse de él para nada.

Pasó mucho tiempo sin saber del pobre José, cuando un día se presentó en su casa el director del asilo para preguntarle qué resolvía sobre el chico, toda vez que el tiempo reglamentario de su estancia en el establecimiento había transcurrido.

Alzóse de hombros la americana con indiferencia, y contestó al director, que esperaba una respuesta muy distinta:



La niña aplicada



—Haga V. lo que le parezca con el chico: no tengo nada que ver con *el Pequeñín*.

El director, bien á su pesar, lo puso al día siguiente en la calle. José quedó de nuevo abandonado en el mundo. Más abandonado que nunca.

\*\*

Entregado á sus propias fuerzas, sin una persona amiga á quien volver sus tristes ojos, José se dirigió á la puerta que halló más cerca para pedir trabajo. Era un almacén de coches de lujo.

—Soy negro,—se dijo,—y tal vez el color de mi piel me favorezca en esta ocasión. Veamos si me quieren para lacayo.

Con efecto, á las primeras palabras que pronunció, fué admitido.

—Me convienes, chico,—le dijo el dueño del establecimiento.—Te daré casa, comida y te vestiré con elegancia. ¿Estás conforme? Además, las propinas que recibas te las iré guardando para el día de mañana que no te convenga este oficio entregártelas y que vayas con tus pequeños ahorros á buscar otro más de tu gusto, ese mismo de cajista que conoces.



La niña y el pajarillo

José se convino á todo: á lo menos aunque trabajase no se moriría de hambre. Las proposiciones eran ventajosas sobre todo, porque el amo se limitaba á ofrecer, callándose lo que pensaba exigir de él.

El trabajo para el pobre negrito fué rudo y continuo desde el primer momento. El hijo de aquella cálida tierra que lo vió nacer tiritaba de frío sobre el pescante en las crudas noches de invierno, y se soplaba sus manecitas ateridas en las largas esperas á las puertas de los bailes y los teatros.

No se hallaba contento el pobre *Pequeñín* en aquella vida, y su sueño dorado era encontrar una plaza de cajista, su oficio favorito, que aprendió durante su estancia en el asilo.

No pasó mucho tiempo sin ver realizados sus deseos. Tenía el pobrecillo alternativas de suerte y adversidad, y cuando le sonrió de nuevo la fortuna encontró una imprenta.

Aquel mismo día se despidió de su amo, explicándole las razones que tenía para marcharse.

—Está bien, chico,—le contestó mal humorado por la noticia.—Puedes marcharte cuando quieras.



—Es que...—insinuó tímidamente *el Pequeñín*, dando vueltas á la gorra entre sus manos,—cuando V. me ajustó, me ofreció devolverme las propinas, que yo le he ido entregando, el día que me marchase, y...

El amo no le dejó concluir.

—Repite otra vez eso, truhán, y verás la propina que yo te doy. ¡Déjame de conversaciones y largo de aquí!

José, asustado del gesto y la amenaza de aquel hombre brutal, no contestó palabra, huyendo á toda prisa.

Iba contento, en medio de su amargura, pensando que allí no lo explotarían inicuaemente.

\*  
\*  
\*

La existencia del negrito mejoró notablemente desde aquel día. Su trabajo tranquilo era más adecuado á sus gustos y su naturaleza que ninguno. Muy poco ganaba, apenas lo preciso para comer; pero *el Pequeñín* estaba loco de alegría porque todos lo trataban con consideración y con cariño, sabedores de su desgracia.

Pero la fortuna se cansaba bien pronto de favorecer al pobre negro, y un día el regente de la imprenta despidió á la gente por falta de trabajo. José quedó desconcertado con este nuevo golpe. ¿A dónde dirigirse? No conocía á nadie. Su delicada salud, casi perdida en su primer oficio de lacayo y apenas repuesta en el segundo, no le permitía dedicarse á faenas rudas que exigieran fuerzas y naturaleza de que carecía. Llamó á varias puertas, pero inútilmente: las puertas permanecieron cerradas. Empezó á desmayar aquella pobre criatura que llevaba consumida su corta existencia luchando con la suerte.

Al principio, algunos ahorrillos, aunque miserables, le permitían dormir bajo techado y comer algo caliente; pero los recursos iban faltando y llegaron las frías noches de otoño, pasadas á la intemperie, bien sobre el banco de un paseo, bien en el escalón de una casa.

La salud de *el Pequeñín* se quebrantaba visiblemente y ya miraba con indiferencia la vida; es más: ¡pensaba sonriendo en la muerte!

Y, con efecto, una mañana el pobrecito negro amaneció rígido en la puerta de una casa.

Dejó de existir de frío y de hambre, y pensando, sin duda, en el ardiente sol de su país, en aquellos bosques de palmeras, en las noches tropicales llenas de calor y de vida, y en los besos de su madre, que lo llamaba desde esas regiones desconocidas donde son ignoradas las lágrimas.

H. GINER DE LOS RÍOS





Gala del ramaje un día,  
las pobres hojas cayeron  
rodando por tierra á impulsos  
de la furia de los vientos.  
Obra de piedad realizan  
el niño que está barriendo  
y la niña que recoge  
esas hojas en un cesto,  
que aunque de hojas se trate  
es santo honrar á los muertos.

A.



Las hojas secas





## ✱ NUESTROS GRABADOS ✱

### LA PRIMERA CALCETA

Nada más tierno, así como suena, que ver á una niña comenzar á hacer calceta. Es esa la inauguración de la era laboriosa de la existencia, la augusta iniciación en la ley hermosa y sacrosanta del trabajo.

### LOS POLLOS MALOS

Cierto día de verano dos polluelos escaparon del corral saliendo por un agujero de la cerca por el cual no podían pasar las gallinas. La madre comenzó á llamarlos en su lenguaje, es decir, cacareando; pero sus hijos no hicieron aprecio, y alejaronse hasta la colina inmediata. Allí comenzaron á corretear cada cual por su lado, pero muy pronto debían recibir el castigo de su desobediencia: un gato, oculto entre las yerbas, precipitose sobre uno de los pollos y lo devoró, y poco después el otro sufrió la misma suerte.

También á los niños les sucede alguna desgracia cuando no obedecen á sus mamás, y por eso os aconsejaré siempre, hijos míos, que no os separéis nunca sin permiso de aquellos para quienes sois tan queridos.

### LA MUÑECA PERDIDA

Julia debía ir con otras varias niñas á pasear por el canal en una barca, y quiso llevar su mejor muñeca; pero su mamá, temiendo que se estropease, pues había costado muy cara, para que valía poco. La niña consintió, al parecer, de buen grado; pero antes de salir, como su mamá se hubiese retirado ya á su habitación, volvió á subir á su cuarto ligeramente, cogió la muñeca buena dejando la otra, y salió de casa corriendo, antes de que nadie la viese, para reunirse con las demás niñas.

Después de una larga excursión por el río, las jóvenes viajeras fueron conducidas á la orilla para desembarcar, y, al saltar en tierra, Julia echó de menos su hermosa muñeca. Su hermano, compadecido al ver sus lágrimas, fijó su atención en los alrededores con la esperanza de ver el objeto perdido, y casualmente divisó algo que flotaba cerca de la orilla. Con la rama de un árbol consiguió atraerlo hacia sí, y vió entonces que era la muñeca; pero hallábase en un estado lamentable.

En castigo de su falta la mamá no le permitió salir más durante ocho días, y hasta la Navidad siguiente no quiso comprarle una muñeca tan buena como la que cayó en el río.

### LA NIÑA APLICADA

Esta niña es aficionada á jugar, como lo son todas; pero también le gusta el trabajo y hace las veces de modista. Con pedazos de cinta y de terciopelo hace bonitos adornos para su muñeca, y engalana con plumas su sombrero. Bien quisiera ella que sus dos muñecas pudiesen hablar para que le dieran gracias por los esfuerzos que hace esmerándose en la confección de sus trajes y galas; pero ya sabe que esto no es posible y que no conseguirá nunca oír de sus labios inmóviles una sola palabra de agradecimiento.

### LA NIÑA Y EL PAJARILLO

—Ven aquí sin temor,—decía una niña á un pajarillo;—ven, y pósate en este árbol, porque en él estarás seguro mientras permanezcas junto á mí. Ni el gato ni el perro te ha-





En buena paz y armonía (dibujo de C. Koch)

rán daño alguno mientras yo te custodie. Salta alegre entre el ramaje, y déjame oír tus trinos, que tanto me deleitan. Cuando se acerque la noche, tiende las alas y vuelve á tu nido, donde tus hijuelos te esperan; pero no dejes de volver mañana.



## EN BUENA PAZ Y ARMONÍA

(Dibujo de C. Koch)

Bonito grupo el que forman el precoz artista y su antifilarmonico acompañante, profundamente *conmovido* al escuchar los asombrosos acordes que produce su amigo y dueño. Por donde se ve que la adhesión perruna resiste hasta los mayores abusos que pueda cometer un pianista.



Los gatos

## LOS GATOS

*Minina* era una gata que tenía dos pequeños, uno negro y otro blanco; y aunque vivían en una caseta muy cómoda, cansáronse al fin de estar siempre con su madre y pidiéronle permiso para salir un poco. Aquélla se lo concedió, pero previniéndoles que no se alejaran demasiado, porque podrían perderse.

Precisamente aquel día había nevado mucho, y el campo contiguo estaba todo blanco. Los gatitos ignoraban lo que era aquello y comenzaron á correr, alejándose, al fin, tanto, de la casa, que se perdieron. Tenían los pies mojados, experimentaban ya cierto malestar, y hubieran querido volver á su casa al punto, pero no sabían por dónde ir. El gatito blanco se cayó en un agujero que había en la nieve, y á duras penas pudo salir de él. Una



vez fuera, comenzó á vagar á la aventura, y afortunadamente llegó á una casa donde una niña que estaba á la puerta le ofreció algo de comer. El animalito tenía tanta hambre, que ésta se sobrepuso á su temor, y al fin entró en la casa, donde su joven protectora le cuidó mucho, guardándole para sí. El gatito pensaba con frecuencia en su madre, pero al fin acabó por olvidarla.

## LOS GUANTES DE LIMERICK

(Continuación)

La Sra. Hill se sintió profundamente enternecida por la docilidad de su hija, pero experimentó grande disgusto al ver burlada su penetración habitual. Su amor propio de mamá quedó picado en lo vivo al pensar que Febea



Los gatos

dejaría á la hija del perfumista el honor de romper un baile al cual asistiría toda la buena sociedad de Hereford. Aquella consideración hizo nacer otras en su espíritu, y después de algunos instantes de reflexión expuso á su hija todas las razones que motivaban un cambio en su opinión respecto al guantero irlandés.

—Hija mía,—le dijo;—puesto que tienes un par de guantes de Limerick, y que no cabe duda en que aquella esquila era una invitación, paréceme conveniente que no cedas á Juanita Brown el honor de romper el baile. Por otra parte no estamos seguras de que el Sr. O'Neill haya hecho desaparecer nuestro perro, por más que haya dicho que le incomodaban mucho sus ladridos. Pero si no ha matado ni robado nuestro perro, tampoco puede suponerse que sea él el que haya practicado un boquete bajo la catedral ni que se le haya ocurrido un tan criminal pensamiento. Además, debe hacer muy buenos negocios para poder gastarse así cuatro ó cinco guineas en guantes de Limerick, en un baile y en una cena. Y, después de todo, no es culpa suya si es irlandés. De todo lo cual concluyo, mi querida hija, que puedes ponerte esos guantes é ir á ese baile, que debo hablarle á tu padre y hacerle cambiar de parecer, y que iré esta mañana á hacerle una visita á la viuda O'Neill y á firmar



las paces con Brian. No se dirá que Juanita Brown haya de venir á darnos pésames con su palmito hipócrita.

Después de haber espetado con volubilidad esas palabras, la Sra. Hill, sin dejar á la pobre Febea que pronunciase una sola sílaba, fué á buscar á su grave marido. No era tan fácil, como suponía su esposa, hacerle cambiar de parecer al Sr. Hill. Lento en formarse una opinión, no se desdecía una vez

decidido. Las prevenciones del Sr. Hill contra nuestro desventurado irlandés, se habían robustecido en virtud de ciertas circunstancias muy particulares. El presidente de la obra de la catedral de Hereford había hablado con gran solemnidad, en el casino que frecuentaba, del importante asunto del boquete que existía bajo los cimientos de la iglesia, y había dado á comprender á sus oyentes las sospechas que abrigaba. Muchos socios del casino no pudieron contener la risa al oírle declarar que existía el designio de volar la catedral, mientras que otros, acérrimos enemigos de todo lo irlandés, acogieron con la mayor formalidad aquella especie, excitándole á que no perdiera de vista los manejos del guantero, hombre tanto más sospechoso en cuanto nadie podía explicarse por qué había ido á establecerse en Hereford ni de dónde sacaba su dinero.



Los gatos

La noticia del baile produjo en la imaginación prevenida del Sr. Hill el mismo efecto que si hubiese descubierto una conspiración.

—¡Hola, hola!—dijo.—El irlandés trabaja por lo fino, pero ya verá cómo somos tan finos como él. Sin duda se figura que con dar fiestas y festines conseguirá que las personas sensatas de Hereford vivan descuidadas; piensa poder realizar sus diabólicos proyectos en el momento que menos se piense; pero ¡cuidadito! que velaremos sobre él y le enseñaremos que los ingleses no somos tan fáciles de engañar como él se cree.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA  
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.